

## MEMORIA Y RESIGNIFICACION. Apuntes desde la gestión del Patrimonio cultural.

Agustín Azkarate  
Catedrático de Arqueología UPV/EHU

Cuando hablamos coloquialmente sobre la memoria podemos hacerlo con distintos significados: en algunos ocasiones solemos referirnos a ella como facultad humana para recordar algo (la memoria como *mnéme*), en otras como ejercicio de esa capacidad (la memoria como *anámnesis*) y, más recientemente (sobre todo a partir de los setenta del pasado siglo), como depósito que guarda la herencia del pasado (obviamente es esta última la que nos interesa). Las tres acepciones han tenido tradicionalmente unas connotaciones muy específicas: por una parte, la memoria era algo de carácter individual, vinculada al ser humano como poseedor de esa capacidad tanto para recordar como para atesorar recuerdos y traerlos al presente; y, por otra, se consideraba que la memoria, como receptora de hechos ya acontecidos, era algo estable, al modo de la “memoria pura” de Bergson.

Desde que Maurice Halbwachs<sup>i</sup> negara, sin embargo, la existencia de un pasado inmutable y ajeno al presente, las cosas están siendo observadas desde perspectivas bien distintas y mucho más interesantes. Para Halbwachs, en efecto, no existe ningún pasado estable, sino un pasado permanentemente actualizado y *reconstruido* en función de los intereses dominantes. Este autor rechazaba, además, la memoria individual, debido al carácter social de cualquier recuerdo, imposible de producirse fuera de lo que denominó “los marcos sociales de la memoria”.

Según este punto de vista, cuando hablamos de memoria estamos refiriéndonos no a la evocación objetiva de lo que aconteció, sino más bien a la reconstrucción que, desde el presente, se hace en un momento determinado de acuerdo a unos intereses concretos. Estaríamos, en consecuencia, ante un constructo social de significados, por tanto, cambiantes en el tiempo. La memoria, en este sentido, es siempre una memoria historizada, una *resignificación* del pasado.

La preocupación por la memoria colectiva es, en cualquier caso, relativamente reciente. Como ha señalado Marie-Claire Lavabre<sup>ii</sup>, a quien seguiremos en este punto, es difícil encontrar títulos de artículos u obras de sociología, historia o ciencia política anteriores a los años setenta que contengan la palabra “memoria”, si exceptuamos a Maurice Halbwachs o a Marc Bloch. Las obras del primero de ellos, sin embargo –en la actualidad reeditadas y plenas de vigencia– apenas merecieron en su día atención alguna, si exceptuamos la de los filósofos, interesados en la polémica que mantenía con Bergson. Fue a partir de finales de los setenta, con las aportaciones iniciales de Pierre Nora y la posterior publicación de su magna obra *Les lieux de mémoire*<sup>iii</sup>, cuando se produjo una verdadera eclosión de publicaciones, hasta el punto de que, en la actualidad, son numerosos los autores que vienen criticando los excesos que pudieran llegar a cometerse. Tzvetan Todorov, con su obra *Les abus de la mémoire*<sup>iv</sup>, es sin duda uno de los más representativos.

No es extraño que, llegados a este punto, se haya incorporado al debate otra palabra que no es, en definitiva, sino el reverso de la que venimos comentando. Nos referimos al *olvido*. Porque, como dijera Borges, “la memoria está hecha, en buena parte, de olvido”. O, como apostillara también Mario Benedetti, “el olvido está lleno de memoria”. En consecuencia, la preocupación por la memoria, por su *gestión*, condujo inevitablemente a la preocupación por el olvido, entendido éste como aquellas zonas de “penumbra” que consciente o inconscientemente se originan en cada resignificación del pasado<sup>v</sup>. Porque resulta evidente que los “olvidos” modelan los recuerdos, es decir, la memoria, del mismo modo que los espacios vacíos constituyen parte sustancial, junto con los espacios ocupados, del pensamiento y de la obra escultórica de Oteiza.

## LA “MEMORIA CONSTRUIDA”

Utilizamos esta expresión, conscientemente, aludiendo a sus dos acepciones posibles: a) La memoria edificada, es decir, la memoria materializada en nuestro patrimonio arquitectónico; b) Pero también la memoria como constructo, como algo contruido desde el presente, en el sentido en el que hemos venido reflexionando en el capítulo anterior.

Como decíamos, sin embargo, en esta ponencia nos interesa resaltar aquellas zonas de “penumbra” que existen en la memoria arquitectónica; preocuparnos por “las arquitecturas olvidadas” e indagar en las razones de su “invisibilidad”. Habrá que preguntarse, por tanto, por qué han sido olvidadas. Analizar las razones de ese olvido. Y también por qué, desde nuestra actualidad, queremos que pasen a nuestra memoria, es decir, que sean recordadas. En otras palabras, queremos reflexionar sobre la historicidad tanto de la memoria como del olvido, especialmente del olvido, en los ámbitos de la arquitectura histórica. Y queremos hacerlo desde la arqueología porque estamos firmemente convencidos de las enormes potencialidades hermeneúticas de nuestra disciplina en la recuperación de la memoria<sup>vi</sup>.

La disciplina arqueológica trabaja, básicamente, sobre testimonios materiales, sobre retazos de memoria conservados por su propia durabilidad. Estos fragmentos de pasado, aunque aparentemente arrojados al caos de la descomposición, ocupan un espacio que, en su articulación, ha apresado -materializándolo- el transcurso del tiempo.

Freud decía, a este respecto, que “si queremos representar la sucesión histórica en términos de espacio, ello sólo puede obtenerse mediante una yuxtaposición en el espacio; de hecho, un mismo espacio no puede ocuparse de dos modos diferentes”. Comentando este texto de Freud, A. Carandini efectúa algunas reflexiones que nos parecen del máximo interés para el tema que nos ocupa. “Ha llegado el momento –dice- de establecer qué semejanzas pueden existir entre la psique y los estratos de un asentamiento humano. Como observa Freud, en un mismo lugar de una ciudad podemos tener diferentes reformas de un mismo edificio, a las que se han superpuesto edificios completamente diversos. Esto se materializa en un complejo heteróclito de restos que se yuxtaponen superponiéndose en un mismo lugar, porque un mismo espacio no puede ser ocupado por dos edificios diferentes”<sup>vii</sup>. Y añade poco más adelante: “El embrollo condensado del yacimiento pluriestratificado se debe pues al intento comprometido de tridimensionalizar el ‘sueño’ imposible de la absoluta compatibilidad espacial, mientras

que la realidad material sólo permite como máximo superponer una cosa a otra<sup>viii</sup> (Fig. 1).

Puede apreciarse, pues, con claridad la extrema dificultad de conservar el paso del tiempo en el espacio. Siempre nos resulta más fácilmente aprehensible este último que el primero, tal y como apuntaba ya Halbwachs<sup>ix</sup>. Por eso muchos se empeñan en crear en espacios sin tiempo, en arquitecturas congeladas en el momento de su creación. Por eso existen restauradores que se empeñan en devolver a edificios con mucho tiempo a sus espaldas (y con muchos tiempos-espacios adquiridos, por tanto), su condición originaria, aquel tiempo-espacio con el que nacieron (pongamos que “románico”, por ejemplo).

En este sentido, y en más de una ocasión, nos hemos mostrado críticos con las generalizaciones abusivas que, con base en criterios idealistas y analógicos, se llevan a cabo con frecuencia en el análisis, estudio y conservación de nuestro patrimonio edificado, generando numerosas alteraciones en su comprensión y favoreciendo la creación de “penumbras” en su conocimiento. Penumbras que generan olvidos. Olvidos que distorsionan nuestra memoria.

ETC.

---

<sup>i</sup> M. HALBWACHS, *Les cadres sociales de la Mémoire*, Ed. Albin Michel, Paris, 1994 [1925]

<sup>ii</sup> M.-C. LAVABRE, Usages et mésusages de la notion de mémoire, *Critique internationale*, nº 7, avril 2000, pp. 48-57

<sup>iii</sup> P. NORA, Les lieux de mémoire, vol. I La République (1984) ; vol. II La Nation (1986) ; vols. III-IV Les France (1993), Gallimard, Paris.

<sup>iv</sup> T. TODOROV, *Les abus de la mémoire*, Arléa, Paris, 1998.

<sup>v</sup> Cfr. a este respecto, Y. H. YERUSHALMI, N. LORAUX, H. MOMMSEN, J-C. MILNER, G. VATTIMO, *Usages de l'oubli*, Paris, Seuil, 1988 y, particularmente, las contribuciones de Yerushalmi, « Réflexions sur l'oubli », pp. 7-22 y de Vattimo, « L'impossible oubli », pp. 77-89.

<sup>vi</sup> No es casual que los pensadores contemporáneos más relevantes hayan recurrido al concepto de “arqueología” para ejemplificar la naturaleza y alcance de sus propuestas. Se ha dicho, en este sentido, que M. Foucault, por ejemplo, fue un arqueólogo, alguien que escrutaba, que leía bajo el suelo aparentemente liso y sin texturas de nuestra lógica, tratando de descubrir las “profundas estructuras” del conocimiento.

<sup>vii</sup> A. CARANDINI, *Historias en la tierra*, Crítica, Barcelona, 1997, p. 252

<sup>viii</sup> *Ibidem*, p. 253.

<sup>ix</sup> HALBWACHS, M. *La mémoire collective*, P.U. F., Paris, 1968, pp. 166